

CALIBAN EN ESTA HORA DE NUESTRA AMÉRICA*

ME COMPLACE comenzar agradeciendo la honrosa invitación con «pie forzado», como dicen nuestros poetas repentistas, que al señalarme el tema me ha obligado a regresar al ensayo aludido en el título y a tratar de complementarlo de alguna manera¹. En este 1991 tal ensayo cumple veinte años de haber visto la luz simultáneamente en Cuba y en México; después se iría a recorrer otros países y otras lenguas. No me da alegría por él ni por mí, sino porque de esa manera prestan algún servicio páginas que no tienen más valor,

* Este trabajo fue leído en Mérida, México, el 8 de julio de 1991, como conferencia inaugural del III Encuentro de Investigadores del Caribe organizado por la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán; y el 6 de septiembre de ese mismo año en la Cátedra de la América Latina y el Caribe de la Universidad de La Habana. En ambos casos, al invitarme, los respectivos organizadores me sugirieron el título aproximado, y, en consecuencia, el contenido de la conferencia. A eso alude la mención en las primeras líneas del «pie forzado». El texto se publicó por primera vez en *Casa de las Américas*, N° 185, octubre-diciembre de 1991.

¹ Me atengo a lo que el título anuncia y el espacio permite. En otras ocasiones he vuelto ya sobre el ensayo. Además de los que se recogen en este libro, para el Simposio Internacional *Caliban. Por una redefinición de la imagen de América Latina en vísperas del 1992* (Universidad de Sassari, 15-17 de noviembre de 1990), escribí «Casi veinte años después», que con los otros materiales del Simposio apareció en la revista *Nuevo Texto Crítico* (N° 9-10, de 1992). En la presente conferencia me valgo de algunos aspectos de este último trabajo, así como de la ponencia «Rubén Darío en las modernidades de nuestra América», presentada en el congreso *Rubén Darío: la tradición y el proceso de modernización* (Universidad de Illinois, 5-7 de mayo de 1988), cuya versión original se publicó en *Recreaciones. Ensayos sobre la obra de Rubén Darío* [...], Prólogo y edición de Ivan A. Schulman [...], Hannover, Estados Unidos, 1992.

si alguno, que el de haber invitado a contemplar aspectos de nuestra América con los ojos que nos dio el hombre mayor nacido en este Hemisferio, el caribeño José Martí, cuya irradiación mundial no ha hecho más que comenzar. De Martí son las ideas cardinales de aquel trabajo, y también quiso serlo lo que podría llamarse la estrategia de esas ideas.

A propósito del ensayo de Martí «Nuestra América», cuyo centenario estamos celebrando, uno de los mejores estudiosos de aquél y poeta en todo lo que hace, Cintio Vitier, señaló con su luz habitual la naturaleza y la función de las imágenes martianas en ese texto, lo que en general es válido para el resto de su obra. Tales imágenes no son nunca en él ornamentos ni volutas: es cierto que tienen una innegable raíz poética, pero *por eso mismo* en ellas está «líquida y difusa», para usar palabras unamunianas², la captación profunda de la realidad, el *pensamiento*, término con el que quiero rendir homenaje a José Gaos³, de Martí.

¿Y qué es *Caliban* sino una imagen, una imagen que forjó el deslumbrante poeta Shakespeare, y otro poeta, a mucha distancia (espacial, temporal y de la otra), presentó de manera distinta, pero rindiéndole homenaje al Bardo que volvió a soñar el mundo? Si esa segunda imagen ha logrado hacer ver algunas cosas (el vocablo *idea* es en su origen, como se sabe bien, contemplación o visión), es porque tal es el destino de toda imagen, con independencia de cualquier pretensión didáctica. Un compatriota y amigo de José Lezama Lima, a quien se debe uno de los más encarnizados acercamientos a la *imago*, creo que no necesita insistir mucho en este punto.

Con la perspectiva abierta por la revolución que tiene lugar en mi país desde 1959, y asumiendo e intentando desarrollar, como ya he dicho, el ideario del orientador constante de esa revolución, José Martí, empecé a escribir *Caliban* en un momento difícil para Cuba, y por tanto para mí, al terminar de vivir mis cuarenta años, y, tras algunos días y noches febriles, le di término con cuarenta y uno. Si el tiempo transcurrido desde entonces, en lo estrechamente personal, me ha llevado a ser un sexagenario, ello carece de importancia. Lo importante es cómo ha cambiado el mundo desde 1971, y qué es

2 «Nuestra filosofía, la filosofía española [y *mutatis mutandis* la de nuestra América], está *líquida y difusa* en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra mística, sobre todo, y no en sistemas filosóficos». Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, décima edición, Buenos Aires, 1952, p. 244. Énfasis de R.F.R.

3 De los varios e importantes trabajos de Gaos sobre nuestro «pensamiento» quiero nombrar en especial su memorable *Antología del pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea*, México, 1945. Por cierto que, aunque discípulo de Ortega y Gasset, en su concepción del «pensamiento» quizá Gaos esté más cerca de Unamuno que de Ortega.

menester añadir hoy para la más útil lectura de ese texto y de otros que son su compañía.

En 1971 estaba aún fresca la acogida internacional recibida por la narrativa latinoamericana, en representación de una cultura viviente. En aquella ocasión propuse ir señalando algunas de las fechas que jalonaban el advenimiento de esa cultura: la última de esas fechas era 1970, con el inicio del gobierno en Chile del socialista Salvador Allende. Si ahora retomamos, para ponerla al día, esa enumeración, el resultado en general no puede sino ser, por decir lo menos, preocupante. Su continuación se abre, precisamente, con el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular en Chile y la muerte heroica del presidente Allende, en 1973. Y si bien en 1979 llegan al poder regímenes revolucionarios en Granada y Nicaragua, cuatro años después, decapitado el primero de esos regímenes con el asesinato de Maurice Bishop, los Estados Unidos invaden la minúscula Granada, obteniendo una victoria vergonzosa y reabriendo el capítulo nunca cerrado del todo de su política de las cañoneras y del Gran Garrote. Nicaragua, por su parte, sufriría una guerra sucia impuesta, con total desprecio de las leyes internacionales, por el gobierno de los Estados Unidos, el cual además decretó un embargo contra la nación centroamericana. Las decenas de millares de nicaragüenses muertos en dicha guerra y la gravísima situación económica provocada por el estrangulamiento del país harían que el Frente Sandinista de Liberación Nacional perdiera las elecciones en febrero de 1990, aunque lograra recibir el cuarenta por ciento de los votos, lo que lo hace la principal fuerza política del país. Desde mediados de los años setenta, Cuba dio pasos concretos para institucionalizar su revolución, incluyendo un plebiscito en el cual el pueblo aprobó por inmensa mayoría la nueva constitución, de carácter socialista; y en 1986 inició un proceso aún en marcha de rectificación de errores, siempre buscando formas y soluciones propias que garantizaran la genuinidad de un acontecimiento histórico de repercusión y horizonte mundiales pero nacido de las entrañas del país y de nuestra América. En diciembre de 1989 los Estados Unidos invadieron de nuevo otra república latinoamericana: esta vez la de Panamá, valiéndose de una excusa falaz. Y aunque en varios países del Continente se conocieron, después de sangrientas dictaduras militares, esperanzadoras pero frágiles aperturas democráticas (las más recientes de las cuales son la del propio Chile, donde el general Pinochet conserva el supremo mando militar, y la de Haití, donde una enorme mayoría popular llevó al Padre Aristide a encabezar un gobierno que empezó a ser acosado desde antes de la toma del poder), esto ocurre cuando una onerosa e impagable deuda externa abrumba a nuestros pueblos y multiplica la exportación de sus capitales en países ya muy lastimados por un creciente intercambio desigual.

Más allá de nuestras fronteras, la llegada al poder en los Estados Unidos, en 1981, de Reagan y su equipo conservador implicó una política altamente agresiva para nuestros países, política explicitada en el *Programa de Santa Fe* (y su segunda formulación) y que prosigue, incrementada, hasta nuestros días. En el texto poco entusiasta «La transición cubana», aparecido en la revista mexicana *Nexos* en julio de 1991, su autor, Francis Pisani, afirma:

Algunos dirigentes del Tercer Mundo temen —y el artículo [publicado en abril de este año, con un «amenazador título», por la revista *Time*] demuestra que no les faltan motivos— que el Nuevo Orden Mundial no sea más que el último seudónimo de la vieja *pax americana* cuyos gastos pagan los latinoamericanos desde la doctrina Monroe de 1823 y de la que, hasta este día, [la] Cuba [revolucionaria] es la única excepción [p. 54].

Muy avanzada la década del ochenta, la Unión Soviética desencadenó una serie de transformaciones conocidas como *perestroika*. Por la repercusión de ésta, y por otras razones, el llamado campo socialista o «socialismo real» desapareció en la Europa del Este, embarcándose casi todos los países que lo integraban en un tránsito hacia lo que se ha nombrado simétricamente «el capitalismo real». Han dejado de existir no el socialismo sino versiones deformes de él, y además el mundo bipolar nacido a raíz de la Segunda Guerra Mundial⁴. Nos encontramos en un mundo unipolar⁵, donde los Estados Unidos (que ya Martí había considerado «una república imperial», «la Roma americana»)⁶ son más arrogantes y agresivos que nunca, aunque tengan aliados que defienden, y defenderán cada vez más, intereses propios entre los otros países capitalistas desarrollados⁷. Las consecuencias de ese cuadro para la América Latina y el Caribe disgregados son sin duda alarmantes. La reciente y espantosa guerra de destrucción contra Iraq, desencadenada por el hecho en verdad inaceptable de que el gobierno de ese país se atreviera a invadir Kuwait como el gobierno de

4 Cf. «Stability and Change in a Bipolar World, 1943-1980», en Paul Kennedy: *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Changes and Military Conflicts from 1500 to 2000*, Nueva York, 1987.

5 En su discurso de 7 de diciembre de 1989 Fidel Castro mencionó el fin del mundo bipolar y la existencia de un mundo unipolar.

6 «En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de una *república imperial* contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la *Roma americana* [...]». J.M.: «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América» [1894], *O. C.*, III, 142. Énfasis de R.F.R.

7 Sobre este punto es importante conocer el criterio realista y agudo de Martí, quien escribió en uno de sus cuadernos de apuntes, refiriéndose a nuestra América: «mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, están en el equilibrio de potencias extranjeras rivales». J.M.: *O. C.*, XXII. *Fragments* [1885-1895], 116.

los Estados Unidos había invadido Panamá, en este último caso impunemente, muestra con descarnado cinismo cuáles son las actuales reglas del juego en el plano internacional. Por lo pronto, una nueva y enérgica derechización del mundo no puede menos que repercutir en nuestro Continente, lo que se pone de manifiesto en varios terrenos, incluyendo desde luego el político pero también el estrictamente cultural, que con frecuencia se traslapan⁸.

Razones universitarias me llevaron a volver a consultar no hace mucho algunos de los libros que fueron leídos con avidez en la década del sesenta, década que ahora tantos quisieran borrar. Varios títulos me llamaron la atención en particular: así, *El saqueo del Tercer Mundo* (1965), de Pierre Jalée, y *Países ricos, países pobres. La brecha que se ensancha* (1965), de L.J. Zimmerman. El saqueo del Tercer Mundo enunciado entonces ha alcanzado niveles descomunales, y en consecuencia lo mismo ha ocurrido con la brecha que se ensancha. Los países capitalistas desarrollados, que en 1968 propuse llamar «subdesarrollantes»⁹, son más ricos que nunca, y los países subdesarrollados por aquellos, cada vez más pobres. A esto se corresponde una fanfarrona y mistificadora ideología antipopular que quizá sólo pueda compararse con la que acompañó al ascenso del fascismo en la primera mitad de este siglo. Parte de la izquierda se encuentra perpleja tanto ante los hechos como ante las ideas propagadas al calor de esos hechos. Ello implica para nosotros (pienso ahora particularmente en quienes en la América Latina y el Caribe no nos resignaremos a plegar nuestras banderas) profundizar en nuestras convicciones, reconocer por supuesto errores, pero subrayando que no pocos de esos errores no son nuestros, ahondar en el caudal de nuestro pensamiento genuino, y extraer lecciones de la ardua y convulsa historia que hemos vivido. En ningún orden podemos aceptar ser juzgados con la vara de medir propia de otras experiencias. En el discurso pronunciado al recibir en 1982 el Premio Nobel de Literatura, García Márquez preguntó: «¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambios sociales?»¹⁰. Hoy más

8 Cf. Alain Finkielkraut: *La nueva derecha norteamericana. (La Revancha y la Utopía)*, trad. de Joaquín Jordá, Barcelona, 1982; y Varios: *Tiempos conservadores. América Latina en la derechización de Occidente*, Quito, 1987.

9 R.F.R.: «Ensayo de otro mundo», *Ensayo de otro mundo*, La Habana, 1967; y «Responsabilidad de los intelectuales de los países subdesarrollantes», *Casa de las Américas*, Nº 47, marzo-abril de 1968. Ambos se publicaron también en *Ensayo de otro mundo*, 2a. edición, aumentada, Santiago de Chile, 1969.

10 Gabriel García Márquez: «La soledad de América Latina» [1982], *La soledad de América Latina. Escritos sobre arte y literatura, 1948-1984*, selección y prólogo de Víctor Rodríguez Núñez, La Habana, 1990, p. 508.

que nunca estamos obligados a permanecer fieles a nosotros mismos, a «nuestras tentativas tan difíciles de cambios sociales».

Caliban se escribió cuando la década del sesenta todavía echaba resplandores y hacía nacer esperanzas que en considerable medida habían sido alimentadas por la emergencia del Tercer Mundo después de la Segunda Guerra Mundial. Sabemos cuándo y cómo surgió la expresión Tercer Mundo. Su creador, el demógrafo francés Alfred Sauvy, me comunicó en La Habana, en 1971, que él la empleó por primera vez en un artículo que publicara en 1952 en el semanario *France Observateur*¹¹. Según me explicó, él estableció allí un paralelo con los estamentos de la Francia del XVIII: el Primer Mundo equivalía para él a la nobleza, y correspondía a los países capitalistas desarrollados; el Segundo Mundo, el alto clero, lo encarnaba la Unión Soviética del aún vivo Stalin (*horresco referens*) acompañada por los otros países del entonces llamado campo socialista europeo; y el Tercer Mundo, el Tercer Estado¹², eran los países pobres, que ya se conocían como subdesarrollados¹³, muchos de los cuales eran o habían sido hasta hacía relativamente poco colonias, y en conjunto albergaban (siguen albergando) a la inmensa mayoría de los habitantes del planeta: las tres cuartas partes ahora; probablemente las cuatro quintas partes en el año 2000, es decir, dentro de menos de nueve años. Como sabemos, aquella expresión, que hoy padece de tan mala prensa e inquieta a tantas malas conciencias, hizo rápida fortuna. Después de todo, el Tercer Estado, o parte de él, había sido el beneficiario de la Revolución Francesa. Gobernantes, estudiosos, poetas asumieron con fervor la imagen, la denominación. Llegó a ser de buen tono para las personas más disímiles ocuparse del Tercer Mundo. Pero ese mundo no logró romper el círculo de fuego del subdesarrollo, siguió siendo saqueado por el Primer Mundo, fue sumido aún más en la miseria y el marasmo, y perdió interés a los ojos de muchos, para quienes apenas había sido motivo de devaneo intelectual. No obstante ello, la

11 Cf. «El inventor de “Tercer Mundo”» (sin firma de autor), *Casa de las Américas*, N° 70, enero-febrero de 1972, p. 188. Sobre el papel desempeñado por la emergencia del Tercer Mundo en el pensamiento rebelde y revolucionario de los sesenta, cf. de Fredric Jameson: «Periodizing the 60s», en *The 60s without Apology*, editado por Sohnya Sayries, Anders Stephanson, Stanley Aronowitz y el propio Jameson, Minneapolis, 1984, en particular «1. Third World Beginnings» y «6. In the Sierra Maestra». Este trabajo de F.J. se recoge en su obra *The Ideology of Theory. Essays 1971-1986*, volumen 1: *Situations of Theory*. Volumen 2: *The Syntax of History*, prefacio de Neil Larsen, Minneapolis, 1988. El trabajo en cuestión es el último del primer volumen.

12 Cf. Emmanuel Sieyès: *Qu'est-ce que le Tiers Etat?* [1789] prefacio de Jean Tulard, París, 1982.

13 Se cree que entre 1944 y 1945 los técnicos de las emergentes Naciones Unidas forjan la expresión «zona económicamente subdesarrollada» para nombrar lo que se había llamado «zonas coloniales o zonas atrasadas». Cf. J.L. Zimmerman: *Países pobres, países ricos. La brecha que se ensancha*, trad. de F. González Aramburo, México, D.F., 1966, p. 1.

contradicción entre los países subdesarrollantes y los países subdesarrollados por aquellos no sólo ha conservado sino que ha acrecentado su vigencia, y es hoy la contradicción principal de la humanidad.

Desde finales de la década pasada, la cual ha sido considerada «una década perdida» para nuestros países, se prefiere dar a aquella contradicción el nombre de relación Norte- Sur, fórmula que parece que se mantendrá durante cierto tiempo. Abogan en favor de este nuevo nombramiento varios hechos, y señaladamente dos: la corrosión que ha venido sufriendo el sintagma Tercer Mundo, y la evaporación de buena parte del que fue considerado Segundo Mundo: de hecho, salvo en la zona europea de la Unión Soviética, ningún gobierno de Europa se propone ahora, así sea nominalmente, la construcción del socialismo; y en el momento en que escribo estas líneas, el destino de la propia Unión Soviética es bien incierto. Los países como China, Corea, Vietnam y Cuba en los cuales están vigentes proyectos socialistas, pertenecen indudablemente al nuevo Sur: el cual, es ocioso decirlo, tiene una connotación socioeconómica antes que geográfica; razón por la cual países como México, los de la América Central y las Antillas, e incluso algunos de la América del Sur, situados al Norte del Ecuador, son, al igual que los restantes de nuestra América (a pesar de lo que algún que otro trasnochado pueda creer), países del Sur, mientras, por ejemplo, la República de África del Sur, en el extremo meridional de África, y Australia son países del nuevo Norte. A este nuevo Norte bien se le pueden aplicar los adjetivos que la víspera de morir en combate Martí, en carta inconclusa a su fraterno amigo mexicano Mercado, dedicó a los Estados Unidos, al llamarlos «el Norte revuelto y brutal que los desprecia»¹⁴; y si «los» correspondió entonces sólo a los países de nuestra América, ahora es evidente que abarca a todos los países del Sur. En este mismo año acaba de aparecer en México la versión en español del informe de la Comisión del Sur, constituida oficialmente en 1987 bajo la presidencia de Julius K. Nyerere. El valioso informe tiene el título *Desafío para el Sur*¹⁵.

Voy a volver a ceñirme a nuestra América, y mencionar un tema que, como el nuevo sentido de Sur, aunque se había esbozado antes encontró desarrollo sobre todo después de la primera aparición de *Caliban*. Me refiero al concepto de *modernidad* entre nosotros: concepto que de una u otra forma se

14 J.M.: Carta a Manuel Mercado de 18 de mayo de 1895, *O. C.*, IV, 168.

15 Comisión del Sur: *Desafío para el Sur*, México, D.F., 1991. El «desafío» se explicita en las pp. 33 y 34.

relacionó con otro que se tenía por más consolidado: el de *modernismo* literario. Y aquí empiezan (o continúan) algunos de nuestros problemas semánticos, pues lo que en lengua castellana llamamos modernismo no se corresponde con lo que en los Estados Unidos, distintos países eslavos o el Brasil llaman así, y que en esos países significa lo que para nosotros es el vanguardismo.

Al parecer, quien suscitó el contrapunto fue Federico de Onís, cuando en su conocida *Antología* de 1934 hablando de Martí dijo: «su modernidad apuntaba más lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces»¹⁶. Otros críticos asumirían también este punto de vista, y De Onís enumerará años después a algunos de ellos: Augier, Iduarte, Lazo, Lida. Pero en el texto, de 1953, en que hará esa enumeración, De Onís añadió una rectificación capital: «Nuestro error», dijo entonces, «está en la implicación de que haya diferencia entre “modernismo” y “modernidad”, porque modernismo es esencialmente, como adivinaron los que le pusieron ese nombre, la busca de la modernidad»¹⁷. Al año siguiente, Max Henríquez Ureña, quien había escuchado a De Onís exponer su importante rectificación (pues se hallaba presente en el llamado Congreso de escritores martianos, realizado en La Habana, donde aquélla se hizo), escribió en su *Breve historia del modernismo*: «Ya en 1888 el vocablo [modernismo] era empleado por Rubén Darío en un sentido general, equivalente a *modernidad* (“calidad de moderno” según el diccionario de la Real Academia Española)»¹⁸.

¿Es pues «modernismo», como aseguró De Onís en 1953, «la busca de la modernidad»? ¿Y esta última, a su vez, si hemos de dar crédito a lo dicho por Max Henríquez Ureña en 1954, se contenta con ser lo que le asigna el diccionario de la Academia: «calidad de moderno»? No parece que hayamos avanzado mucho: y, sin embargo, ha entrado en nuestra liza un vocablo destinado a dar guerra: *modernidad*, cuyas raíces, por cierto, son bien antiguas, pues se remontan a la Edad Media, cuando aparece en latín la expresión *modernitas*. Este término reaparecerá en francés a mediados del siglo XIX, en la pluma de Baudelaire: *modernité*, y de allí pasaría a otros idiomas¹⁹.

16 Federico de Onís: «José Martí. 1853-1895», en *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, Madrid, 1934, p. 35.

17 Federico de Onís: «Martí y el modernismo», *Memoria del Congreso de escritores martianos (febrero 20 a 27 de 1953)*, La Habana, 1953, p. 436.

18 Max Henríquez Ureña: *Breve historia del modernismo*, México, 1954, p. 156.

19 Adrian Marino: «Modernisme et modernité: quelques précisions sémantiques», *Neohelicon*, II, 3-4, Budapest, 1974.

Alfonso Reyes, ante los adoradores de las etimologías, recordó que «nadie se pone a la sombra de una semilla, sino de un árbol»²⁰. El diálogo, sin duda útil, entre modernismo y modernidad no puede ser un diálogo entre semillas, sino entre lo que históricamente han venido a significar esos términos. Aunque, por otra parte, cierta polisemia, aquí como en tantos casos, sea inevitable. En el libro particularmente amargo de Jean Chesneaux *De la modernidad* (1983), que comienza diciendo que la modernidad es la «palabra maestra de nuestra época»²¹, para pasar después a deplorar incansablemente aquello en que ese concepto ha venido a encarnar (y que parece ser más bien la norteamericanización y banalización del mundo en la segunda posguerra de este siglo), se cita esta expresión de Michel Leiris: «En este mundo odioso, en estos tiempos cargados de horror, la modernidad se ha convertido en mierdonidad»²².

Pero por amplia que sea la polisemia con que vamos a encontrarnos en adelante, nunca llegaremos al extremo de Leiris. Es más, trataré de ceñirme a textos en que aquel diálogo entre modernismo y modernidad tenga un sentido que podamos seguir, lo que por supuesto no significa que le demos siempre nuestro acuerdo. Tal diálogo, así considerado, está presente, por ejemplo, en obras sobre el tema de Rafael Gutiérrez Girardot, Ivan A. Schulman y Ángel Rama.

Rafael Gutiérrez Girardot, en su peleador y útil libro *Modernismo* (1983), que se propone «situar las letras hispánicas de fin de siglo en el contexto europeo»²³, afirma que tal libro «abarca también la caracterización del “Modernismo” o de la “Modernidad”, con la que hoy se trata de dilucidar la compleja literatura europea de fin de siglo, de la cual forman parte las letras hispanas de esos dos o tres decenios»²⁴. E Ivan A. Schulman, quien tituló significativamente su ponencia «Modernismo/modernidad: metamorfosis de un

20 Alfonso Reyes: «Prólogo» a *La iliada de Homero, traslado de Alfonso Reyes. Primera parte: Aquiles agraviado*, México, 1951, p. 7. Por su parte, Jorge Luis Borges observó en «Sobre los clásicos»: «Escasas disciplinas habrá de mayor interés que la etimología; ello se debe a las imprevisibles transformaciones del sentido primitivo de las palabras, a lo largo del tiempo. Dadas tales transformaciones, muy poco nos servirá para la aclaración de un concepto el origen de una palabra. Saber que cálculo, en latín, quiere decir piedrita [lo que es familiar a los médicos y a muchos que padecen de cálculos biliares, renales o vesicales] y que los pitagóricos las usaron antes de la invención de los números, no nos permite dominar los arcanos del álgebra; saber que hipócrita era actor, y persona, máscara, no es un instrumento valioso para el estudio de la ética». J.L.B.: *Páginas escogidas*, selección y prólogo de R.F.R., La Habana, 1988, p. 240.

21 Jean Chesneaux: *De la modernité*, París, 1983, p. 5.

22 *Ibid.*

23 Rafael Gutiérrez Girardot: *Modernismo*, Barcelona, 1983, p. 7.

24 *Op. cit.* en nota 23, p. 8.

concepto» (1977), añade: «El modernismo, pese a los enfoques exclusivamente historicistas, es un fenómeno sociocultural multifacético, cuya cronología rebasa los límites de su vida creadora más intensa, fundiéndose con la modernidad en un acto simbiótico y a la vez metamórfico»²⁵.

Si los criterios de Federico de Onís y de Max Henríquez Ureña de cierta manera nos dejan en un instante previo a la discusión contemporánea sobre los conceptos en cuestión, no ocurre igual con los criterios de Gutiérrez Girardot, Schulman y Rama, quienes, no siempre de modo coincidente, nos remiten a una discusión actual. El meollo de esa discusión implica distinguir lo que es propio del modernismo y lo que es propio de la modernidad, y llegar a nociones claras sobre ellos. A este respecto me parecen acertadas varias ideas de Rama. Por ejemplo, cuando postula en 1971:

El modernismo [...] es [...] el conjunto de formas literarias que traducen las diferentes maneras de la incorporación de la América Latina a la *modernidad*, concepción sociocultural generada por la civilización industrial de la burguesía del XIX, a la que fue asociada rápida y violentamente nuestra América en el último tercio del siglo pasado, por la expansión económica y política de los imperios europeos a la que se suman los Estados Unidos²⁶.

O cuando, pasando de la modernidad a la modernización, que hace posible aquélla, nos dice años después:

La modernización, como nunca debemos olvidarlo, no nace de una autónoma evolución interna sino de un reclamo externo, siendo por lo tanto un ejemplo de contacto de civilizaciones de distinto nivel, lo que es la norma del funcionamiento del continente desde la Conquista. Si bien fue un largo reclamo de las culturas latinoamericanas (la capital obra de Sarmiento), sólo comenzó a ser realidad cuando las demandas económicas de las metrópolis externas se intensifican tras la Guerra de Secesión en Estados Unidos y la franco-prusiana en Europa. Las apetencias internas y externas se conjugaron óptimamente en ese momento, aunque las segundas dispusieron de una potencialidad incomparablemente mayor que las primeras, las que a veces se confundían con una simple y quejosa reclamación de ese «orden y progreso» que concluiría siendo la divisa positiva del período²⁷.

De acuerdo con lo anterior, lo que se ha dado en llamar modernidad en relación con nuestra América es el resultado de un proceso de modernización del

25 Ivan A. Schulman: «Modernismo/modernidad: metamorfosis de un concepto», en Varios: *Nuevos asedios al modernismo*, ed. de Ivan A. Schulman, Madrid, 1987, p. 11.

26 Ángel Rama: «La dialéctica de la Modernidad en José Martí» [1971], Varios: *Estudios martianos*, Universidad de Puerto Rico, 1974, p. 129.

27 Ángel Rama: *Las máscaras democráticas del Modernismo*, Montevideo, 1985, p. 32.

capitalismo dependiente en la zona. O, como dije hace quince años, «la modernidad a la cual se abría entonces nuestra América era una dolorosa realidad: entre [1880 y 1920] nuestros países son uncidos, como meras tierras de explotación, al mercado del capitalismo monopolista»²⁸. En consecuencia, no se trató ni remotamente de un caso único, sino de un fenómeno planetario: entonces estaba en trance de ocurrir el paso del capitalismo a su etapa imperialista. Como ha escrito Gutiérrez Girardot, nuestras

«especificidades» que hasta ahora se han considerado como el único factor dominante deben ser colocadas en el contexto histórico general de la expansión del capitalismo y de la sociedad burguesa, de la compleja red de «dependencias» entre los centros metropolitanos, sus regiones provinciales y los países llamados periféricos. La comparación entre las literaturas de los países metropolitanos y de los países periféricos resultará provechosa sólo si se tienen en cuenta sus contextos sociales. De otro modo, las literaturas de los países periféricos seguirán apareciendo como literaturas «dependientes», miméticas, es decir, incapaces de un proceso de definición y de formación original, incapaces de ser, simplemente, literaturas, expresión propia. Ésta, por lo demás, sólo puede perfilarse en una relación de contraste y asimilación con las literaturas o expresiones extrañas. Y, a su vez, este contraste y asimilación sólo son posibles cuando las situaciones sociales son semejantes²⁹.

Los nuestros se hallan sin duda entre esos «países llamados periféricos». Pero tal carácter, ostensible en lo económico y en lo político, al margen de los muchos matices que presenta de un país a otro y de un momento a otro, en forma alguna puede ser trasladado de modo mecánico a nuestra literatura, a nuestras artes, a nuestro pensamiento: es sabido que parte de ellos tiene jerarquía mayor. Como lo sintetizó José Emilio Pacheco en 1982, «nuestras sociedades fracasaron, nuestros poetas no»³⁰.

Cuando Pacheco afirma que «nuestras sociedades fracasaron», entiendo que se refiere al fracaso de esa modernización que «no nace de una autónoma evolución interna sino de un reclamo externo», según palabras de Rama, y, como se ha visto a lo largo de más de un siglo, no ha conducido a ninguno de nuestros países a un desarrollo capitalista. Si bien en grados distintos, todos ellos, con rara excepción, conservan nexos de dependencia económica y política, y esas aberraciones estructurales que aunque desagrade la palabra no cabe más remedio que considerar características del subdesarrollo.

28 R.F.R.: «Para el perfil definitivo del hombre» [1976], *Para el perfil definitivo del hombre*, La Habana, 1981, p. 522.

29 Rafael Gutiérrez Girardot: *op. cit.* en nota 23, p. 25.

30 José Emilio Pacheco: prólogo a *Poesía modernista. Una antología general*, México, 1982, p. 1.

Pero aquellos rasgos deformantes no tienen por qué traducirse de manera automática en la expresión artística de nuestros pueblos, la cual, además de las atendibles razones aducidas por Gutiérrez Girardot, suele disfrutar siempre de un margen de autonomía que en nuestro caso dará ejemplos sobrados. La acogida internacional que hace unas décadas recibió al fin nuestra literatura, en especial nuestra narrativa, fue sólo una prueba de ello. Y hay que decir que, paradójicamente, tal hecho ha sido estimulado por esa misma modernización que en lo estructural ha fracasado. Nuestra literatura, impulsada por un afán de actualización y renovación a la vez que deseosa de mostrar nuestro rostro auténtico (no tipicista), alcanzó audiencia mundial. Y es innegable que el modernismo hispanoamericano fue la expresión literaria de la entrada de nuestra América en esa modernidad inevitablemente traumática.

La forma como el estremecimiento fue sentido por nuestros mejores espíritus de entonces recorre el conjunto de sus obras, y alcanzó desde los primeros momentos una formulación ya clásica en el texto de José Martí «El Poema del Niágara» (1882)³¹, con un fragmento del cual Ricardo Gullón inicia la sección «Manifiestos modernistas» de su antología *El modernismo visto por los modernistas*³². El tema, característico de la modernidad, de la «muerte de Dios» o la «secularización», para Gutiérrez Girardot «José Martí lo formuló no en su forma manifiesta, sino en su resultado»³³, en aquel texto, el cual para Garfield y Schulman es «una especie de manifiesto sobre la emergente modernidad americana», y aún más: «el ensayo-manifiesto de la modernidad»³⁴, con lo que coincide Rama al llamarlo «texto que puede ser considerado el *Manifiesto de la modernidad* en Hispanoamérica»³⁵.

Sin embargo, no es posible olvidar el carácter atípico de Martí entre los modernistas: no obstante las muchas afinidades que conserva con ellos, él no es fundamentalmente una criatura de letras: es un hombre entregado a la redención de los hombres, y en vías de ininterrumpida radicalización política. Por lo pronto, «El Poema del Niágara», que tanto dice sobre la trepidación sufrida por los modernistas en su existencia, en sus creencias, en su expresión ante el cataclismo que implicaba la modernización que empezaban a vivir, es también para Martí ocasión de hablar de esta

31 J.M.: «El Poema del Niágara», O. C., VII.

32 *El modernismo visto por los modernistas*, introducción y selección de Ricardo Gullón, Barcelona, 1980.

33 Rafael Gutiérrez Girardot: *op. cit.* en nota 23, p. 76. En la p. 144 se llama a dicho texto de Martí «denso prólogo al poema “Al Niágara”».

34 Evelyn Picon Garfield e Ivan A. Schulman: «Las entrañas del vacío». *Ensayos sobre la modernidad hispanoamericana*, México, 1984, pp. 56 y 80.

35 Ángel Rama: *Las máscaras...*, cit. en nota 27, p. 25.

época de elaboración y transformación espléndidas [...] época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras; época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. [...] Asítese como a una descentralización de la inteligencia. [...] El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placará a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso [...]»³⁶.

Es difícil no pensar que la modernidad a que remite aquí Martí no es la misma que la que produciría la modernización capitalista exógena. Esa *otra* modernidad avizorada por Martí es la que sería asumida por el proyecto de la actual Revolución Cubana, pero aún no por otros proyectos de nuestra América, los cuales explícita o implícitamente se atienen al que ha venido a ser el sentido habitual de la modernidad.

Ahora bien, todavía no se habían apagado (no se han apagado aún) los fuegos de la discusión sobre nuestra modernidad, considerada en su acepción corriente, cuando se cruzaron con nuevos fuegos, provocados por la irrupción de otros conceptos que han conocido singular boga en los años inmediatos. Me refiero como es obvio a lo que se ha llamado la posmodernidad y a su familia, que recibieron bautizo en los países occidentales durante la década del setenta, para designar una realidad visible en las letras y las artes (se dice) desde finales de los años cincuenta y principios de los sesenta³⁷. También en este caso el nombre prendió como una chispa en la pradera seca, saltando de las letras y las artes a las más diversas zonas, incluso la política³⁸. Es inevitable decir que, según es frecuente en casos así, los cuantiosos textos provocados alternan entre la lucidez y la algarabía, entre la precisión y la simple moda. (¿Acaso no hay quienes nos aseguran que el posmodernismo ha muerto ayer o anteayer a manos del neobarroco?).

En español, como es harto conocido, el término *posmodernismo*, con sentido bien diferente, había sido empleado ya en su *Antología* de 1934 por

36 J.M.: «El *Poema...*», cit. en nota 31, 224 y 228.

37 Cf. por ejemplo Ihab Hassan: *The Dismemberment of Orpheus: Towards a Postmodern Literature*, Nueva York, 1971; y Charles Jencks: *The Language of Post-Modern Architecture*, Nueva York, 1977. Cf. en general *The Anti-Aesthetic. Essays on Postmodern Culture*, editado por Hal Foster, Washington, 1983.

38 Cf. *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*, editado por Andrew Ross (para el colectivo de *Social Text*), Minneapolis, 1989.

Federico de Onís³⁹; e incluso en 1916, en las primeras páginas de *El Espectador*, Ortega y Gasset había rechazado con energía el siglo XIX llamándolo «el siglo de la modernidad...!», y proponiendo en lugar de ésta lo que llamó no el posmodernismo, pero sí el «inmodernismo». «Por mi parte,» concluyó glosando a Darío, «la suerte está echada. No soy nada *moderno*; pero muy *siglo XX*»⁴⁰.

Estas páginas, esta conferencia no son la ocasión para detenernos en el tema. Quiero sólo decir que me sigue pareciendo convincente el texto «El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío» (1984)⁴¹, de Fredric Jameson, quien acepta allí la tesis general de Ernest Mandel en su libro *Capitalismo tardío*, donde señala que el capitalismo ha atravesado tres momentos fundamentales: el capitalismo de mercado, el estadio monopolista o imperialista, y nuestro propio momento, al que erróneamente se denomina posindustrial, pero para el cual un nombre mejor podría ser el de capitalismo multinacional. Este último, también llamado capitalismo tardío o de consumo,

constituye [...] la forma más pura de capital que haya surgido, una prodigiosa expansión del capital hacia zonas que no habían sido previamente convertidas en mercancías. De aquí que este capitalismo más puro de nuestros días elimine los enclaves de organización precapitalista que hasta el momento había tolerado y explotado de manera tributaria: se siente la tentación de mencionar en este sentido una penetración y colonización nuevas e históricamente originales de la Naturaleza y el Inconciente: me refiero a la destrucción de la agricultura precapitalista del Tercer Mundo a manos de la Revolución Verde, y al auge de la industria de los medios masivos y de la propaganda comercial. De cualquier modo, habrá resultado evidente también que la periodización cultural que he propuesto,

39 Federico de Onís: *Antología...*, cit. en nota 16, esp. pp. xviii-xix y 621-953. No deja de ser curioso el desenfoque que supone que en su artículo «¿Qué es el posmodernismo?» Charles Jencks diga: «Parece que el primero en usar el concepto [posmodernismo] fue el escritor español Federico de Onís en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1934) para describir una reacción surgida dentro del modernismo [...]», en los *Cuadernos del Norte*, Nº 43, julio-agosto de 1987, p. 2. Visiblemente, Jencks no ha reparado en que las palabras castellanas *modernismo* y *posmodernismo* implican conceptos distintos que las palabras inglesas *modernism* y *postmodernism*. Es un punto sobre el que en varias ocasiones ha insistido, con razón, Octavio Paz.

40 José Ortega y Gasset: «Nada “moderno” y muy “siglo XX”» [1916], en *Obras completas*, tomo II, *El Espectador (1916-1934)*, segunda edición, Madrid, 1950, pp. 23-24.

41 Fredric Jameson: «El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío» [1984], *Casa de las Américas*, Nº 155-156, marzo-junio de 1986. Cf. también de este autor «La política de la teoría. Posiciones ideológicas en el debate sobre el postmodernismo» [1984], *Criterios. Estudios de Teoría Literaria, Estética y Culturología*, Nº 25-28, enero de 1989-diciembre de 1990. En este último trabajo, recogido en la obra del autor citada en la nota 11, Jameson distingue entre posiciones de derecha y de izquierda en cuanto al posmodernismo.

a saber, en los estadios del realismo, el modernismo y el posmodernismo, está a la vez inspirada y confirmada en el esquema tripartito de Mandel⁴².

Para nosotros, en nuestra América, se impone la pregunta de hasta qué punto esta discusión nos atañe. Indudablemente no puede sernos muy estimulante que digamos leer en las primeras líneas del libro programático de Jean-François Lyotard *La condición postmoderna. Informe sobre el saber* (1979), que «este estudio tiene por objeto la condición del saber en las sociedades más desarrolladas. Se ha decidido llamar a esta condición “postmoderna”». Y más adelante:

Se sabe que el saber se ha convertido en los últimos decenios en la principal fuerza de producción, lo que ya ha modificado notablemente la composición de las poblaciones activas de los países más desarrollados, y que es lo que constituye el principal embudo para los países en vías de desarrollo. En la edad postindustrial y postmoderna la ciencia conservará y, sin duda, reforzará más aún su importancia en la batería de las capacidades productivas de los Estados-naciones. Esta situación es una de las razones que lleva[n] a pensar que la separación con respecto a los países en vías de desarrollo no dejará de aumentar en el porvenir⁴³.

Por ello, si bien al menos desde mediados de la pasada década el tema ha sido considerado en nuestra América⁴⁴, es pertinente la pregunta que desde el título de un trabajo de 1989 se hace George Yúdice: «¿Puede hablarse de postmodernidad en América Latina?». Como también, sin desconocer la coherencia de no pocas respuestas negativas a tal pregunta, me parece digna de consideración la respuesta afirmativa dada por Yúdice:

42 F.J.: «El posmodernismo o la lógica...», citado en nota 41, p. 162.

43 Jean-François Lyotard: *La condición postmoderna. Informe sobre el saber* [1979], traducción de Mariano Antolín Rato, 3a. ed., Madrid, 1987, pp. 9, 16 y 17. Énfasis de R.F.R.

44 Simplemente a modo de ejemplos, bien parciales, puede recordarse la presencia del tema en revistas como *Casa de las Américas*, N° 155-156, marzo-junio de 1986; *Universidad de México...*, N° 437, junio de 1987; *Vuelta*, N° 127, junio de 1987; *David y Goliath...*, N° 52, septiembre de 1987. Sin duda es dable ampliar considerablemente esta lista. El número mencionado de *Vuelta* incluye una nota de O[ctavio] P[az] llamada «¿Postmodernidad?», donde se lee: «uno de los primeros en interesarse en el tema, años antes de su presente popularidad, fue Octavio Paz (pido perdón por hablar de mí en la tercera persona). Primero en 1961», etc. Una reclamación similar ya había sido hecha por O.P. en otras ocasiones. Así, en la carta que a propósito de un artículo de John Barth enviara a *La Jornada Semanal*, donde dicha carta, con el título «La querrela del Modernismo», apareció publicada el 20 de octubre de 1985. Aunque más de una vez he visto mencionado el parecido de Paz con Ortega y Gasset, no sé si se ha escrito, como lo merece, un buen trabajo sobre este interesante paralelo. Si bien Ortega careció del talento poético de Paz, ambos han sido ensayistas brillantes de países periféricos a los cuales han querido airear y poner al día, desde perspectivas similares, en ciertos aspectos, a las del Edmund Burke «liberal y contrarrevolucionario» significativamente exaltado por la revista que Paz dirige (cf. Conor Cruise O'Brien: «Vindicación de Edmund Burke», *Vuelta*, N° 176, julio de 1991). Y un punto lateral contribuye a acercar más al español y el mexicano: su énfasis en

si por postmodernidad entendemos las «respuestas/propuestas estético-ideológicas» locales ante, frente y dentro de la transnacionalización capitalista, ya no sólo en Estados Unidos y Europa sino en todo el mundo, el análisis de las culturas latinoamericanas tiene que partir de esta relación dialógica⁴⁵.

Pues no puede negarse que a raíz de la llegada de los europeos a lo que iba a ser llamado América, en 1492, y de las subsiguientes conquista y explotación, nuestra suerte se vinculó hasta hoy (y confiamos que no en el mañana que merecemos) con el desarrollo en los países metropolitanos de las distintas etapas del capitalismo, aunque tal desarrollo haya estado lejos de beneficiarnos: nuestro papel ha sido contribuir a hacerlo posible en lo que sería considerado el Occidente, del que los Estados Unidos formarían parte esencial. Saqueados una y otra vez, nuestros pueblos han padecido pero no ejercido la deseada (y temida) modernidad⁴⁶. Y, sin embargo, desde hace algunos años se nos está anunciando que aquella aspiración carece ya de sentido. Como ha expresado el ensayista paraguayo Ticio Escobar en «Posmodernidad/precapitalismo»:

Impulsadas, casi siempre desde afuera, hacia un ideal de progreso ubicado en un punto futuro que parece cada vez más lejano, las sociedades latinoamericanas ven pasar, desorientadas, a un movimiento contrario que regresa de la modernidad,

hacer ver que ya ellos habían dicho antes (y mejor) lo que otros dirán después. A partir de este punto, confío en que no se me tome a mal expresar mi sorpresa al leer, en la página 194 del polémico y estimulante libro de O.P. *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia* (Barcelona, 1974): «La poesía de la postvanguardia (no sé si haya que resignarse a este nombre no muy exacto que *empiezan a darnos* [sic] algunos críticos) nació», etc. (énfasis de R.F.R.). A un hombre como Paz, tan sensible a que se le nombre o se le ningúnee —según el insustituible mexicanismo—, no podrá extrañarle que otro, en este caso yo, eche de menos su nombre. Pues empleé el término *posvanguardismo*, creo que por primera vez en nuestro idioma, para aplicarlo a la poesía de la generación de Lezama (cuya obra *La fijeza* no es de 1944, como dice O.P. en la página 192 de su libro, sino de 1949) y de él, en la conferencia «Situación actual de la poesía hispanoamericana», que ofrecí en la Universidad de Columbia, Nueva York, en 1957, y publicó al año siguiente la *Revista Hispánica Moderna*. Sé que Octavio Paz conoce esta conferencia (a la que se refiere por ejemplo José Olivio Jiménez en el prólogo a su *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea: 1914-1970*, Madrid, 1971), porque tuve el gusto de dársela, y de conversar luego ambos sobre ella, en días felices de París, hace más de treinta años.

⁴⁵ George Yúdice: «¿Puede hablarse de postmodernidad en América Latina?», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 29, primer semestre de 1989, pp. 106-107. Énfasis de R.F.R.

⁴⁶ Sobre la ambigüedad del concepto para nuestra América, cf. de Julio Ramos *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, 1989. Ya Ángel Rama había advertido: «La modernidad no es renunciable y negarse a ella es suicida; lo es también renunciar a sí mismo para aceptarla». *Transculturación narrativa en América Latina*, México, 1982, p. 71.

incrédulo ante grandes discursos suyos tenidos hasta hace pocas décadas como dogmas inmutables: el papel salvador de las vanguardias, las promesas de la ciencia y la tecnología de construir un mundo mejor, el triunfo de un modelo civilizatorio único lleno de augurios de bienaventuranza, etc. // El proyecto de la modernidad está en el banquillo de los acusados: sus paradigmas tecnológicos y sus mitos racionalistas ya no convencen; se descubre el lado oculto de sus sueños y el fraude de sus utopías y se denuncia el fracaso de la razón totalizante. [...] Y nosotros, moradores de regiones periféricas, espectadores de segunda fila ante una representación en la que muy pocas veces participamos, vemos de pronto cambiado el libreto. No terminamos aún de ser modernos —tanto esfuerzo que ha costado— y ya debemos ser posmodernos⁴⁷.

La realidad es que dada la internacionalización (o mejor, según palabras de Yúdice, «la transnacionalización capitalista») del mundo, no nos es posible permanecer indiferentes a la posmodernidad. Y no sólo porque, al decir de Claudio Guillén, «la actualidad artística e intelectual, que hemos dado en rotular, para bien o para mal, Posmodernismo», incluya, según él, obras de autores latinoamericanos como Carlos Fuentes, García Márquez, Mujica Láinez, Jorge Ibarguengoitia o Vargas Llosa (otros, por ejemplo Antonio Blanch, proponen a autores diferentes, como Borges y Lezama)⁴⁸, sino porque el capitalismo multinacional o tardío no nos es, no puede sernos ajeno: nos concierne fatalmente, aunque sea desde el lado de la sombra.

En un texto sobre «Posmodernidad, posmodernismo y socialismo» que hace suyos los postulados básicos de Jameson, Adolfo Sánchez Vázquez nos advierte que

la historia es otra de las cabezas que ruedan bajo la guillotina posmodernista. Ya no se trata de la historia sin sujeto, postulada por el estructuralismo francés, ni tampoco de la falta del sentido de la historia, sino que se trata pura y sencillamente de que no hay historia, de que si la ha habido ha llegado a su fin o de que estamos en la *poshistoria*⁴⁹.

47 Ticio Escobar: «Posmodernidad/precapitalismo», *Casa de las Américas*, N° 168, mayo-junio de 1988, p. 13.

48 Claudio Guillén: *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, 1985, pp. 429-430; Antonio Blanch: «Algunas ideas sobre la llamada novela posmoderna», *La Gaceta de Cuba*, abril de 1990, pp. 22-23. Sobre «la aparición de un etnocentrismo en la apasionante discusión actual en torno al posmodernismo» y el «hecho de que hoy, más que nunca, vivimos en la “no simultaneidad de lo simultáneo”» cf. Desiderio Navarro: «Critique de la critique et postmodernisme», *Association Internationale des Critiques Littéraires. Revue*, N° 33, XIV Colloque International «La critique de la critique», 20-24 septembre, 1989, París, 1990, p. 21.

49 Adolfo Sánchez Vázquez: «Posmodernidad, posmodernismo y socialismo», *Casa de las Américas*, N° 175, julio-agosto de 1989, p. 141

Un ejemplo resonante de esa pretensión de decapitar la historia aparece en el muy difundido artículo «¿El fin de la historia?», que el verano de 1989 publicara en la revista *The National Interest* Francis Fukuyama. Dando por sentado el triunfo del capitalismo subdesarrollante, y de su ideología «liberal» (léase «y contrarrevolucionaria»), en los países que han protagonizado la historia durante los últimos siglos, Fukuyama se pregunta: «¿Hemos llegado efectivamente al fin de la historia?»; y se responde:

Nuestra tarea no es contestar en forma exhaustiva los desafíos al liberalismo promovidos por cada mesías medio loco, que anda por el mundo, sino solamente aquellos que se encarnen en fuerzas y movimientos sociales y políticos importantes, y que por lo tanto forman parte de la historia del mundo. Para nuestros fines, importa muy poco qué extraños pensamientos puedan ocurrírseles a la gente de Albania o de Burkina Faso, porque en lo que estamos interesados es en lo que en algún sentido se podría llamar la herencia ideológica común de la humanidad.

No puede menos que recordarse el desdén de otro pensador fuertemente reaccionario, antecesor del nazismo y de Fukuyama: Oswald Spengler, quien en *La decadencia de Occidente* no vaciló en escribir: «Una batalla entre dos tribus del Sudán, o entre los queruscos y los catos, en tiempos de César, o, lo que en esencia es lo mismo, entre dos ejércitos de hormigas, constituye simplemente un espectáculo de la naturaleza viviente»⁵⁰.

Al replicar, también en *The National Interest* (invierno de 1989/1990), a algunos de sus críticos, Fukuyama añadió:

Una última palabra con respecto al Tercer Mundo, pues me han acusado de menospreciarlo. Mis observaciones no estaban destinadas a rebajar su importancia, sino tan sólo a registrar el hecho evidente en sí mismo de que las principales ideologías en torno a las cuales el mundo elabora sus opciones políticas parecen fluir primariamente desde el Primer al Tercer Mundo y no a la inversa. Ignoro por qué ello es así, pero no obstante resulta notable la persistencia con que los revolucionarios de esos países siguen estudiando las obras de filósofos y polemistas del Primer Mundo, fallecidos hace tiempo.

El ex-funcionario del Departamento de Estado norteamericano Fukuyama parece olvidar o desconocer aquí varias cosas. Por ejemplo, que las expresiones metafóricas «Primer Mundo» y «Tercer Mundo» no remiten en la realidad a compartimientos estancos: uno (el llamado «Primero») se ha hecho y se hace sobre la implacable explotación de otro (el llamado «Tercero»), lo que

⁵⁰ Oswald Spengler: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal* [1918-1922], trad. de Manuel G. Morente, Buenos Aires, México, 1952, tomo 2, p. 72.

los vincula a ambos en una historia común, en la cual el Tercer Mundo suele proveer de mano de obra barata y materias primas (incluso materias primas culturales, con frecuencia folclorizadas), y el Primer Mundo productos elaborados e ideologías dominantes. «Ignoro por qué ello es así», dice este supuesto candoroso, a quien le «resulta notable» que los revolucionarios «de esos países» sigan estudiando a filósofos y polemistas del Primer Mundo «fallecidos hace tiempo». Aquí todo es escandaloso. Fukuyama comenzó sus páginas declarándose secuaz de Hegel, de cierta interpretación derechista de Hegel. Hace pocos años estuve, en un pequeño y bello cementerio de Berlín, ante la tumba del autor de *Fenomenología del espíritu y Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Tuve (tengo) la certidumbre de que o la tumba estaba vacía, como pasaba a veces con la del inolvidable conde Drácula, o Hegel es un filósofo fallecido hace tiempo, cuya obra, como se sabe desde el propio siglo XIX, es pasible de una lectura de izquierda. ¿Y por qué demonios el hegeliano de derecha (y de pacotilla) Fukuyama puede evocarlo y nosotros no? Además, cuando los revolucionarios de nuestros países estudiamos a filósofos y polemistas del Primer Mundo (por ejemplo, a Carlos Marx), se trata con frecuencia de personas que combatieron o combaten la esencia de ese mundo, el capitalismo, lo que los hace patrimonio de todos los revolucionarios de hoy, necesariamente anticapitalistas. Por último, ¿qué sabe Fukuyama de los pensadores orgánicos de nuestro mundo? ¿Qué sabe de lo que beneficiaría a la humanidad, digamos, la propagación de los pensamientos de Martí, de Mariátegui, del Che como ya la ha beneficiado la propagación de obras de nuestros escritores y artistas?

El destino de nuestra América no será un destino de hormigas. Cuando María Esther Gilio le preguntó no hace mucho a Noam Chomsky qué opinaba sobre el criterio de Fukuyama, aquél respondió: «Esta idea tomada de Hegel y aplicada al momento actual mueve a risa. De hecho, en los últimos diez años hubo un ataque muy importante a la democracia. El capitalismo ha demostrado ser una catástrofe total. Baste mirar a América Latina, donde este modelo fue aplicado»⁵¹. Ese modelo supone una economía de mercado, neoliberal, auspiciada para nuestros países por los Estados Unidos. He aquí lo que Chomsky opina sobre este hecho:

Para Estados Unidos va a ser mucho más fácil robarlos y explotarlos. Ningún país con poder suficiente accedería a aceptar los principios del mercado. Por ejemplo,

⁵¹ María Esther Gilio: Entrevista con Noam Chomsky: «Estados Unidos: de la libertad al conformismo fascista», *Brecha*, 29 de junio de 1990, p. 3.

Estados Unidos tiene la deuda externa más alta del mundo. Pero si el Fondo Monetario dictara a Estados Unidos normas por las que éste debería regir su economía, todo el mundo se reiría a carcajadas. Ningún empresario [norte]americano aceptaría guiarse por esas normas. En Estados Unidos como en Japón, o en cualquier otro país poderoso, el mundo de la empresa se empeña en que exista un fuerte poder estatal que los proteja, que organice subsidios para la industria, que regule el mercado, que intervenga a favor de ellos⁵².

Hace algún tiempo, al señalar ciertas similitudes estructurales entre nuestra América y la Europa periférica, en especial los países del Este de Europa, propuse incrementar la realización de estudios de literatura comparada entre obras de ambas zonas del planeta⁵³. Los sucesos recientes en la Europa Oriental parece que van a acercar aún más esa zona a la nuestra en cuanto a los problemas a afrontar. En este orden, es interesante conocer la opinión expuesta por Chomsky en la entrevista mencionada. Para él, «la Europa del Este tiene en más de un sentido características muy semejantes a América Latina, y Estados Unidos espera que sea también una región que nos abastezca de materias primas, mano de obra barata y oportunidad para explotar la contaminación»⁵⁴.

Otro estudioso norteamericano, James Petras, propone un nuevo paralelo, y extrae singulares conclusiones:

El fracaso del capitalismo de mercado libre en la América Latina es una realidad significativa en la historia mundial contemporánea, tal como el colapso de los regímenes estalinistas en la Europa Oriental. Solamente esto último ha sido resaltado en el mundo por los medios capitalistas, debido a razones obvias. Sin embargo, la crisis socioeconómica del capitalismo de la América Latina es aún más profunda, según cualquier indicador razonable: estándares de vida declinantes, estancamiento económico, astronómicas tasas inflacionarias, fuga de capitales, relaciones entre deuda/exportación insostenibles, migración masiva, etc. Si la crisis y los cambios políticos en la Europa Oriental están aumentando el alcance de la influencia del capitalismo occidental, la crisis en la América Latina eleva por lo menos serias dudas acerca del futuro del capitalismo y ha creado al máximo un caldo de cultivo para la emergencia de regímenes políticos anticapitalistas. A un nivel político, la crisis del capitalismo latinoamericano ha continuado y se ha profundizado, a pesar de cambios en los regímenes políticos, del militar al electoral,

⁵² *Ibid.*

⁵³ R.F.R.: «Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana» [1974], *Casa de las Américas*, N° 89, marzo-abril de 1975, trabajo recogido en el libro del autor *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, La Habana, 1975 y ediciones posteriores.

⁵⁴ *Op. cit.* en nota 51, p. 3.

desde los conservadores del mercado libre, respaldados por los Estados Unidos, hasta los socialdemócratas de la Segunda Internacional. [...] Objetivamente, la izquierda latinoamericana nunca ha confrontado una situación socioeconómica a nivel de todo el continente tan «madura» para las soluciones socialistas como el presente⁵⁵.

Amigas y amigos: hay que terminar. Voy a hacerlo con la mirada en el porvenir, citando las palabras finales de un texto elaborado colectivamente en la Casa de las Américas para dar a conocer su posición ante el Quinto Centenario; un texto que encabeza al número 184 (julio a septiembre de este año) de la revista *Casa*. Se trata del último punto de una especie de declaración de principios, así que no le exijan a él lo que debe aparecer en los puntos anteriores:

La llegada del Quinto Centenario no puede ser ocasión para azuzar divisiones, rencores, altanerías y odios estériles, sino para insistir, con total respeto para las diferencias que son riquezas, en la integración, tan difícil como imprescindible, de nuestra América. Sólo tal integración («que de hecho», según el paraguayo Augusto Roa Bastos, «existe en potencia, pese a todos los pesares de su fragmentación y balcanización secular[es]»), nos hará posible participar a plenitud en la historia mayor de la humanidad, de la que la prepotente y voraz civilización occidental («una civilización devastadora» [según Martí]) no es en absoluto el triste capítulo último, sino el preludio de una etapa realmente ecuménica, generosa y fraterna, dentro de la cual se hará viable el complejo «fenómeno humano» también en el Continente que honraran tantos hombres y mujeres «desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl» hasta estos días arduos en que sería indigno arriar la esperanza.

⁵⁵ James Petras; «Transformaciones globales y el futuro del socialismo en la América Latina», *Casa de las Américas*, N° 181, julio-agosto de 1990, p. 4.

